

Oscar, símbolo de la libertad y el control en la isla de Providencia

En esta oportunidad, quiero hablar sobre Oscar. Él fue mi informante clave en la isla y quien me acompañó durante toda mi investigación, sin embargo, para la gente de Providencia Oscar estaba “loco”. Escribí un libro acerca de él porque con Crab Antics quise señalar las cosas comunes de la sociedad en Providencia, pero algunas veces la regla general sale a flote precisamente cuando se rompe y eso era lo que hacía Oscar.

En todas las sociedades es frecuente encontrar individuos que estén fuera de los paradigmas, en Providencia Oscar era de una de esas personas. En un comienzo no lo percibí porque no tenía ningún paradigma. Pero él era un hombre extraordinario, y cuando nos empezamos a conocer, me dio mucha información acerca de la gente, la cual no me hubiera sido posible encontrar a mí solo.

Por lo general, los antropólogos escriben acerca de una comunidad y la describen como si fuera una unidad ya que toda persona es igual a otra en términos del comportamiento común. Pero muchos antropólogos adquieren gran parte de su información de quienes se conocen como “informantes clave”, procedimiento que hace parte de una gran teoría llamada observación participante. Gerardo Reichel Dolmatoff y Víctor Turner son dos ejemplos de antropólogos quienes recibieron la mayoría de su información de un informante clave. En el caso de Reichel Dolmatoff, Pedro Rodríguez estaba en Bogotá y fue a visitar a Reichel y le dijo que quería contar la historia de su pueblo, los Barasana del Vaupés. Por su parte, cuando Víctor Turner estudió a los Ndembu, un pueblo Bantú en el África, tenía un informante clave que se llamaba Muchona.

En mi caso, Oscar fue mi informante clave, él fue quien me llevó alrededor de la isla, me decía dónde vivía cada quien y me contaba sobre la vida de las personas. El problema con Oscar, como me di cuenta después, era que uno no sabía si estaba diciendo la verdad o si estaba inventando lo que estaba contando. Entonces yo tenía que corroborar con otros lo que Oscar me decía, tanto como pudiera. Por ejemplo, si me decía que Frank Newball y Oscar Howard eran parientes y que tenían hijos fuera de la isla, yo tenía que confrontar con ellos a ver si eso era verdad. Así podía encontrar la verdad, pero mi información de primera mano era la que me daba Oscar.

Por: Profesor Peter J. Wilson
Doctorado en Antropología
Universidad de Yale
Profesor emérito de la Universidad
de Otago, New Zealand
Profesor emérito de la Universidad
Nacional de Colombia

Tuve otros informantes claves quienes trabajaron muy cerca de mí, me daban información de sus propias familias, de los propietarios de los botes, las fechas de construcción de las casas o cosas similares. Pero ellos no sabían tanto como Oscar acerca de la isla como un todo, pues para Oscar toda Providencia era, literalmente, su casa.

Una de las cosas de Oscar que me movió a escribir el libro acerca de él fue que me pareció un símbolo de todos los isleños. No estoy diciendo que toda la gente en Providencia estuviera un poco fuera de sí, lo que digo es que Oscar, como todos ellos, era independiente. Él siempre se las arreglaba para encontrar comida, vestidos, cigarrillos, fósforos y todo lo que necesitaba para sus necesidades diarias. Además, cargaba un costal a sus espaldas en el cual metía muchas cosas, desde latas usadas hasta ropa muy elegante. Para mí fue Oscar quien inventó el reciclaje; antes de que existiera la teoría del desarrollo sostenible y el reciclaje, Oscar ya lo hacía de una manera natural.

Para aquellos de ustedes que no han leído el libro, les voy a dar unos ejemplos de cómo Oscar actuaba sobre los otros habitantes de la isla, especialmente a través de gente que a él no le gustaba. En esa época, muchas de las casas no estaban sobre el suelo, sino sobre pilotes, especialmente en Old Town, Bailey y Rocky Point, aunque también las había en otros sectores. Entonces, lo que Oscar hacía era dormir debajo de la casa, pero antes de dormirse, ponía mucho cuidado a las voces que había encima, dentro de la vivienda. Si había alguna voz en la casa que no debía estar allí, tomaba nota mental; yo lo sé porque algunas veces fui a dormir con él en esos lugares.

La otra cosa que hacía era que se ponía grasa de coco en los pies. Esto le permitía caminar por dentro de la casa hacia las tres de la mañana, sin hacer ruido, y fisgonear en todas las habitaciones. Con este truco se enteraba exactamente quién estaba dentro, y si descubría a alguien que no debía estar ahí, tomaba nota mental.

Su otro truco favorito era tomar de las cuerdas la ropa que se estaba secando, muy temprano en la mañana o en la noche, la metía en su costal, iba a otra casa, sacaba la ropa lavada, cogía la que estaba colgada en la otra cuerda, la cambiaba y se llevaba el resto y la ponía en la cuerda de otra casa. Además cogía cualquier prenda de vestir que a él le gustara como una camisa nueva o unos buenos pantalones. Entonces, nadie sabía dónde estaba su ropa lavada, pues por ejemplo, la gente que vivía en Rocky Point podía encontrar su ropa en Bottton House.

Déjenme decirles que Oscar le hacía estas travesuras a la gente que él pensaba que no estaba actuando correctamente. Con frecuencia, yo le preguntaba por qué pensaba que ellos no estaban actuando correctamente, entonces me contestaba “había alguien en la casa de otro, en donde no debía estar”; o si les había pedido que le dieran comida o dinero para cigarrillos, y le decían que no, algo les pasaba.

Pero de las cosas más importantes que realmente comprometían a Oscar era la respetabilidad, pero sólo la de ciertas personas, no la de todas. Él había sido entrenado para pastor adventista, pero lo habían echado de la escuela para pastores adventistas de Colón, Panamá. Entonces, por supuesto, la mayoría de sus víctimas eran adventistas del séptimo día. Una vez, fuimos a la iglesia Adventista de Rocky Point a ver a un pastor visitante, muy conocido en toda el área, James Ranking, quien venía de Panamá. Ese día, estaba vestido en un lujoso traje blanco, una maravillosa camisa azul, una corbata y unos zapatos blancos. Es decir, este hombre era el epítome de lo que podría llamarse una persona respetable. El pastor nos dio un sermón muy fuerte en donde nos decía cuan pecadores éramos, y que esos excesos de trago, comida, música y cigarrillo ocurrían en

los Estados Unidos pero también estaban en Providencia. Después de eso, Oscar respondía “Amén”. Además, cuando cantábamos los himnos, Oscar iba una línea adelantado. Pero antes de que el último himno se acabara él ya se había ido, no sabíamos a dónde.

A Oscar no le gustaban los adventistas del séptimo día porque lo habían echado, pero sobre lo que él estaba protestando era sobre el mal ejemplo que estaba dando Racking, ya que él se salía de los parámetros de la comunidad con su apariencia de rico que lo hacía quedar por fuera de ella. Así, mientras que la congregación se tenía que conformar con aceptarlo, Oscar expresaba lo que ellos realmente sentían acerca de este visitante, quien venía a decirles qué era lo que tenían que hacer y a tratarlos como si ellos fueran la peor gente del mundo. En cierta medida, Oscar decía lo que la gente no podía decir; de alguna manera, él era la conciencia de la gente

Por otro lado, lo que Oscar hacía con los datos que recogía de la gente era dar una información que a ellos no les iba a gustar. Por ejemplo, en Santa Isabel había una plaza donde la gente solía comprarse una cerveza y se sentaba a tomarla. Este lugar está muy cerca a la Alcaldía, pero también a la Iglesia Adventista, entonces Oscar venía a veces el sábado o a veces después de la misa del domingo. Cuando llegaba, empezaba un sermón que era con citas que él decía que eran de la Biblia, yo traté de corroborarlas, pero no encontré muchas de ellas. Oscar era experto en hablar en la forma como estaba escrita la Biblia, pero era para atraer a la gente y que le pusieran atención. En cuanto tenía unas veinte personas a su alrededor, empezaba un sermón sobre la gente debajo de cuyas casas él había estado durmiendo o en cuyas casas él había estado caminando de noche. Así, empezó a crecer la multitud, pero la gente decía: “no, no le crean a Oscar porque el está loco”, y al instante, volteaban y preguntaban “¿qué fue lo que dijo?”. Había una ambivalencia porque ellos no querían oír sus propias actividades relatadas por Oscar, pero al mismo tiempo, estaban muy interesados en oír lo que hacían los demás. Así, Providencia no tenía periódico, ni radio, ni televisión, pero Providencia tenía a Oscar.

En ese sentido, Oscar era muy útil ya que mantenía el balance moral entre las personas, quienes se ponían muy nerviosas por lo que Oscar fuera a decir de ellas. Esa aprehensión que sentían los mantenía en línea. Con frecuencia preguntaban “¿está Oscar por acá?” Y miraban alrededor antes de continuar haciendo algo indebido. Al mismo tiempo, cada quien sentía curiosidad por las actividades de los demás, entonces había un balance con Oscar como punto de equilibrio. Sin embargo, había un mecanismo de defensa. Cuando en la multitud la gente decía “no le oigan a Oscar que está loco”, usaban la palabra loco para justificar su prevención con Oscar, y a la vez desacreditar cualquier cosa que pudiera decir. Así, Oscar tenía cierto poder con su información, pero al catalogarlo de “loco”, la gente trataba de quitárselo y asumirlo ellos mismos. Pero esa no era una situación estática, pues Oscar estaba en todas partes y siempre estaba hablando.

Oscar era un hombre muy inteligente. En su costal a veces cargaba pedazos de libros en los cuales podía leer, así que sabía hablar no solo de asuntos religiosos. Además, conocía el nombre y el uso de todas las plantas que crecían en la isla, así que era una maravilla de guía botánico. Por ejemplo, sabía cuáles plantas eran buenas para curar enfermedades, pero también sabía cuáles servían para causarlas. Por esto, la gente en Providencia pensaba que Oscar era un Obeah man. De hecho, a mí me dijo y me mostró las cosas que se necesitaban para hacer una receta de Obeah y los rezos y los cantos que se decían con las plantas. Sin embargo, el nunca lo negó, pero tampoco proclamó serlo y, una vez más, dejaba a todo el mundo con la duda.

Muchas personas en los Estados Unidos, en su mayoría psicólogos y psiquiatras, están interesadas en el libro. La razón es que se trata de un relato en el que Oscar habla de su vida desde su adolescencia, donde incluyó las opiniones de sus padres según él las había entendido, su entrenamiento en el colegio adventista y otros detalles. Además, dejó bastante claro que él no se sentía mal, ni errado. Oscar se casó y tuvo hijos, pero su mujer lo abandonó y él perdió todo contacto con los niños. Yo pienso que tal vez fue después de ese momento que él se enfermó. El resto de su vida la pasó en Providencia, salvo unas ocasiones cuando fue a San Andrés, pero él decía que no le gustaba mucho, pues la gente de San Andrés no era tan civilizada como la de Providencia. Pero lo importante es que al mirar a Oscar como un paciente, leyendo su historia de vida contada por el mismo, se pueden encontrar las personas y los acontecimientos fundamentales que pasaron durante su vida y que serían las causas de su crisis nerviosa. Por esto, el libro ha sido usado en psiquiatría como un ejemplo para tratar de entender como un todo a los pacientes y a la gente que ha sido influyente en su vida y así tratar de establecer cuándo y por qué vino la enfermedad. Se trata de una aproximación a través de la historia de vida. Por eso yo puse como subtítulo “*An Inquiry into the nature of Sanity?*”¹ con un signo de interrogación.

Dado que Oscar era mi informante clave, lo que yo esperaba era una interpretación racional para tratar de entender cómo era el modo de vida de la gente de otra cultura. Sin embargo, quien me dio la mayor cantidad de información, fue una persona que todas las demás consideraban fuera de sí, loca. En la genealogía de la familia de Oscar había una disposición genética a tener crisis nerviosas en las cuales la persona no se puede controlar a sí misma, y se vuelve altamente depresiva encerrándose en sí misma. Es posible entonces que cuando Oscar desaparecía era porque estaba en este estado, pero cuando se recuperaba, regresaba completamente sano, pero muy excéntrico.

Para terminar, déjenme decirles que, a pesar de su personalidad y su manera de comportarse, o tal vez precisamente por eso, Oscar simboliza la libertad y la independencia que compartía toda la gente de Providencia; y es tal vez precisamente esa sensibilidad de *La Roca* el sentimiento más profundo y común que la gente en Providencia siente o sentía –creo que debo decirlo en pasado, y lo expresaba a la gente que venía de fuera. Esa era la diferencia.

Bibliografía

Wilson, Peter Joseph. *Oscar: an Inquiry into the Nature of Sanity?* New York: Random House. 1974.

1.—“Una investigación sobre la naturaleza de la cordura” –traducción al español de la editora.